

Desde mi Mieres del Camino

El eco musical de otros tiempos

La Tuna de la Escuela de Ingenieros Técnicos de Minas escribió su historia en el municipio

Amadeo Gancedo



¿Suenan clarines lejanos de un tiempo vivido, quizás no apreciado pero nunca olvidado? Es posible que la gente madura, ésa que lleva el mierensismo por bandera, recuerde con fidelidad las épocas de un ambiente prolifero en manifestaciones musicales abarcando casi todo el arco de una expresión multicolor de variedades poco vista.

Si comenzamos por la trayectoria del glorioso Orfeón de Mieres, hoy aún en pie, seguro que se está plantado el árbol general de aquellas realidades, a las que se une en esa línea de voces mixtas otras agrupaciones como las de Fábrica de Mieres o la Asociación "Amigos de Mieres", y ya en el ámbito municipal, el Coro Minero de Turón y el de Santa Eulalia de Ujo. Igual medida se le puede atribuir a la Banda de Música de Mieres, centenaria y laureada al igual que el coro titular de esta plaza. En tono menor, pero sin ápice de pérdida, están los coros personificados, principalmente, por el Coro Santarrosino y el Ochote "La Unión". Las orquestas se movieron en un amplio abanico de expresiones a diestro y siniestro con empaque para las Royal, Montecarlo, Luna y demás. Alguna rondalla se cimentó por el cotarro del concejo con su más pura expresión en la de Minas de Figaredo. Hubo tríos, escolanías, charangas, cuartetos, cornetas y tambores, y demás representación folclórica.

Y así llegamos a la actualidad del momento con dos asistencias claras que determinan la tendencia: a saber, los grupos de música coral que mantienen el tipo con alguna incorporación interesante, como la que nace de la Escuela Municipal de Música y de otros foros, y el gran impulso que adquiere la promoción de los valores folclóricos a través de grupos de gaitas e intérpretes individuales que se asoman puntualmente a los concursos de tonada, sirva el ejemplo el del Valle de Caudal y el de Aficionados de Santa Marina. Dos citas de interés conservan afortunadamente la convocatoria de las fiestas patronales de San Xuan y en cada edición de Folixa en Primavera, tal es el caso del homenaje de recuerdo al gran intérprete el Almirante de la Canción Asturiana Juanín de Mieres y el muy merecido a la investigadora y divulgadora Fini Suárez.

A partir de ahí puede quedar en el tintero algún retal de olvido involuntario con significación. Asunto inevitable ante el hecho, tal como queda reseñado, nos encontramos en medio



La tuna, con el recordado Eugenio Carbajal en el centro.



La Tuna de Mieres, en una de sus formaciones.

de un amplio, variado y prolifero ramillete de manifestaciones digno de quedar impreso para la historia. Si acaso los acontecimientos puntuales en forma de citas festivas como fueron los casos de los juegos florales del Patrono, los festivales de España o certámenes como los Concursos de Otoño.

Claro que no ha sido olvido inesperado, sino cuestión aparte la referencia obligada a un grupo de amplio espectro español, que tuvo en Mieres su época dorada, su expresión personalista y su huella inequívoca. La referencia va en pos de la estela que en esta santa casa dejó, para un recuerdo inolvidable la Tuna Universitaria de la hoy Escuela de Ingeniería Técnica de Mieres. Y es que, simplificando un ca-

mino salpicado de sus muchas ocurrencias, sentó cátedra y sus componentes, creo entender, en su mayoría, siguen vivitos y coleando, cada uno de ellos en sus respectivos destinos de madurez profesional y aún recordando

La historia de la agrupación, corta en el tiempo, pero fructífera y siguiendo la actualidad del pueblo

los tiempos gloriosos a través de encuentro puntuales. A honra nos viene poder referirnos hoy, a esta realidad histórica, en nuestros habituales espacios de LA NUEVA ESPAÑA.

Que la Tuna de Mieres —como habitualmente se la conocía— ju-

gó un papel de primer orden en el concierto local y temporal del devenir mierense, nadie lo pone en duda. Y que sus expresiones se ajustaban, con fidelidad, a la esencia de su propia idiosincrasia viene a ser una verdad como

un templo. Recordemos con verdadera gracia no exenta de nostalgia sus convocatorias de exámenes para nutrir al grupo de nuevos elementos. O su habitual actitud aprovechando acontecimientos culinarios —bodas y bautizos incluidos— para hacer la ronda y de paso pasar la pandereta, ante el hecho de que el momento era propicio en ese lógico afán de mejorar la faltriquera. O ya, en un tono mayor, la convocatoria del certamen de

tunas de toda España y parte del extranjero, que trajo a esta tierra, concretamente al Teatro Capitol, a la flor y nata de los grupos más característicos del país. El éxito de la convocatoria quedó plenamente justificado.

Y vamos ya con los valientes estudiantes de la facultad minera, de otras del censo asturiano, y allegados que marcaron el ritmo de una andadura inolvidable, con la premisa, si es posible, de citar a todos los que el recuerdo permite y que, al menos, escribieron una página de auténtica participación en el grupo. ¿El orden? Va a resultar difícil marcar esa tónica por el hecho de que hubo cambios, marchas forzadas e incorporaciones con las que llenar los huecos. De todas formas el intento va tras de ello.

Hace unas semanas, con motivo de otro trabajo en torno a la figura del limpiabotas mierense universal Javier Castaño, surgió, como por encanto el comentario, dado que él fue uno de los participantes activos acompañando con saltos y piruetas de pandereta a su hermano Benjamín. Tengo la impresión de que Carlos Galcerán, médico forense y de anterior trayectoria política en Asturias, era algo así como "la voz pudiente" moviendo también la música de percusión mientras que, con las guitarras, bandurrias y demás "correaje" se encargaban los entonces jóvenes Vilaboa, Pablo Riesgo, San José, Guti, Zapiquín, Avela, Ramón y Olegario Eguren, Garnacho, los citados Benjamín Castaño, Nespral, Maxi, Ochagavía, Tista, Tote y en origen los Delfín y Baizán, hasta el punto de que cerca de cien decididos muchachos de la corte formaron en sus filas. En fin, una sucesión de mierenses, representantes de la cercana generación de jóvenes, ansiosos de lucir palmito con viejas costumbres pero anunciando su "candidatura" a la ya instaurada democracia, puesto que, si bien, sus iniciales se remontan al año sesenta del pasado siglo, la verdadera y gloriosa andadura se establece, principalmente, en la década de los noventa.

Según el recordado Julio León Costales en su precioso libro "Las Bandas de Música de Mieres y otros aspectos del folclore", 1998 fue año especial para este colectivo que obtuvo el primer premio en el Tercer Certamen Internacional de Baracaldo. Con ello queda fielmente certificada la historia de la agrupación, corta si se quiere en el tiempo, pero fructífera en un inesperado balanceo de participación a todo gas, siguiendo la actualidad del pueblo en sus más expresivas manifestaciones colectivas y públicas. Gloria pues a la huella de la Tuna de Mieres como una demostración más del bagaje histórico de la tierra.